

La leche conviene

David Martín del Campo

El verbo que nos tiene deambulando por el mundo, diga lo que se diga, es mamar. Aquél que no lo practicó durante los primeros meses de su existencia seguramente padece de alguna lesión —orgánica o psicológica, (no servirán estas líneas para averiguarlo)— porque el destete a destiempo siempre se paga.

Antes que nada somos mamíferos, aunque de continuo se olvida. Es decir, lo primero que hicimos después de aquel chillido natal fue darnos al amamantamiento. La leche primigenia, el calostro de nuestra madre... porque eso succionamos y hasta el hartazgo.

Antes que el agua, la Coca-Cola o el whisky *sour*, estuvo la leche de aquel pecho tibio y el arrullo que precedía al sueño. Más que beber —porque lo traemos con el instinto—, estuvo el verbo ése que a muchos incomoda. Prendernos del seno, chupar del pezón hasta quedar ahítos, disfrutar aquella teta que encarnaba el mundo entero y así poseer, no tan metafóricamente, a nuestra madre.

Según la Organización Mundial de la Salud la edad recomendable para el destete es de uno a dos años, aunque hay reportes de algunas comunidades en la India donde ocurre hasta los ocho o nueve años. Ésos son niños libres de ansiedad.

Después del pecho vino el biberón, que en Cuba llaman (con toda propiedad) “la mamadera”. ¿No lo refrenda el son aquel, “por qué llora el niño, mamá; por la mamadera que se le ha perdido...?”. Así que leche materna y en su disposición natural tuvimos durante la primera infancia hasta que cambiamos a nuestra madre por una vaca; y vino la botella con chupón. Posteriormente, alejándonos paulatinamente de aquel espurio surtidor, la aceptamos fría y en vaso (sacada del refrigerador), o en el plato hondo para acompañar los Corn Flakes, o en las malteadas de fresa, de vainilla, que invitábamos a la

primera novia que ya luego vendrían, en cierto desorden, la primera y la segunda cerveza, el rompopo a escondidas en las fiestas de la tía Virginia, el ron mezclado, el tequila, el vodka, la ginebra y el whisky, para culminar con esa bebida pastosa de coloración poco viril y que la farmacopea denomina Pepto-bismol. Y con hielo, por favor.

El problema reside en el estigma que nuestra civilización ha impuesto sobre el néctar materno y su verbo original. Los “ríos de leche y miel” que escurrían por el Paraíso nos fueron cegados una vez que Jehová decidió la expulsión del género, y a partir de entonces vivimos avergonzados de nuestra desnudez y sobreviviendo “con el sudor de la frente”. La leche, que es emblema de ternura, calidez y una absoluta santidad, ha sido transmutada en expresión de escarnio, denigración y oprobio. En España, muchos lo habrán escuchado, salta de inmediato cuando se presenta el peor evento “...¡lechese!”, que es la blasfemia abreviada del consabido “me cago en la leche”, por no decir en la hostia, en Dios o la Virgen.

Pobre leche tan vilipendiada. En México mencionarla equivale a la estupidez: “Ay, la leche...”, porque el obtuso es quien la deja derramar en el hervor de la estufa. Lo peor ocurre con el verbo que le es consustancial. Aquél que insinúa el vate Guillermo Aguirre en su rima inmortal: “Brindo por la mujer (...) Por la anciana adorada y bendecida, por la que con su sangre me dio vida, y ternura y cariño”. Es decir, el atormentado poeta de coñac y meretrices ha recordado de pronto los días benditos de su lactancia; pero es demasiado tarde... el ajeno ha emponzoñado la última leche que este desolado bohemio mamó en la calidez del regazo materno.

Y es que el verbo ha devenido en su contrario porque mamar es referencia escatológica que lo mismo

puede tener implicaciones tanáticas (porque “ya mamó” el que ha muerto), o sicalpáticas a la hora de la intimidad, cuando involucra a los “primos griegos” de Cupido: Felatio y Cunnilingus.

Cabría preguntar, ¿fue este edípico e inconsolable poeta destetado precozmente? Seguramente que sí, y el que esté libre del trauma que arroje el primer biberón. Bienvenidos los destetes a destiempo que grande poesía le han obsequiado a este país tan añorante del pretérito edén... cuando no nos habían invadido los yanquis, cuando no nos habían conquistado los españoles, cuando éramos infantes y felices en la arcadia del Neolítico y nuestra madre (que es la teta primigenia) nos amamentaba y no teníamos necesidad más que de su tibieza y su leche. ¿O no lo destaca así el emblema de nuestro Instituto Mexicano del Seguro Social, “la madre patria” el ándron de mamar hasta que se agote el presupuesto?

Por lo hasta aquí expuesto pareciera que el binomio “leche-teta” fuese un conflicto de carácter eminentemente masculino. Esto llevaría a proponer un nuevo enunciado de corte freudiano en el sentido de advertir que si la tesis de la “envidia femenina del pene” es del todo discutible, no lo sería esta nueva propuesta de la “envidia masculina de las tetas”. Y qué mejor manera de poseerlas, ya se recordará, que con la provocadora revista que en 1952 lanzó Hugh Hefner al publicar el primer *Playboy*—obviamente para caballeros— con la que fue posible que tantísimos destetados se reconciliaran con aquella inicua privación. Ahí estaban, a la mano, de dos en dos, desplegadas y a todo

color. Las tetas (que es decir la leche) que las fatigadas madres nos negaron cuando llegó el nuevo hermano, el pudor, los celos de un padre que ya se hartaba de oler a lactancia durante la noche del sábado.

Recuerdo que en mis peores momentos de tribulación, a los once años, hubo un encuentro que me marcó para siempre. Fue el tiempo en que debí sublimar los desplantes poéticos, y la neurosis a la que nos sentenció el doctor Otto Rank al publicar *El trauma del nacimiento*, donde argumenta que nuestras manías provienen de la expulsión violenta de aquél paraíso amniótico del que nunca debimos haber salido. Así, un buen día abandoné el cuaderno aquel de poesía doliente e inexplicable, porque esa tarde conocí a Madame Collins.

Ya he hablado de ella en otras ocasiones, pero no por eso deja de visitarme de cuando en cuando en el penúltimo sueño de la madrugada. Cerca de casa había un Sears Roebuck y buena parte de nuestras vacaciones la pasábamos holgazaneando entre sus estantes... hasta que una tarde la descubrí junto al departamento de Tabaquería.

“Madame Collins”—que así se anunciaba— era una artista cuarentona que montaba ahí mismo su tinglado: un par de sillas metálicas, su atril y una mesita con carboncillos y tizas. La gringa se pasaba la tarde fumando en boquilla y hojeando revistas, hasta que llegaba algún cliente que por cincuenta pesos y en media hora obtenía su retrato al pastel. Era talentosa (eso me parecía), rubia desmelenada y de una belleza subyugante. Seguramente pertenecía a la generación



Anita Ekberg en *Boccaccio 70*

beatnik que naufragó en México tras las correrías de William Burroughs y Jack Kerouac; de modo que ahí estaba ella esperando a sus clientes. Fumaba, alzaba su cenicero, lanzaba miradas arrogantes a los curiosos. Además que Madame Collins no usaba brassier.

Desde los anaqueles de la estrecha librería yo fingía leer cualquier cosa; la revista *Look*, el *Diario* de Ana Frank, el *Platón* de Juan Ramón Jiménez... no importaba. Ésa, mi aparente seriedad permitía, de rato en rato, atisbar la blusa donde se perfilaban aquellos pechos sueltos y que hablaban de una inédita liberalidad. El éxtasis venía cuando la artista debía alzar una tiza caída, porque entonces el escote descendía y en esa perspectiva era posible mirárselos, aunque fuera por un instante, tal cual.

Evitaba ir a diario, si acaso tres veces por semana, no fuera a convertirme en uno de esos pequeños monstruos “que lo han leído todo”. Hasta que llegó el día en que quise matar. Fue poco antes de reanudar clases, cuando una tarde Madame Collins llegó con un niño casi de mi edad. El mequetrefe era rubio como ella y se había instalado en el piso, muy tranquilo, con su cuaderno y sus crayolas. Y yo, en mi baluarte, me consumía de deseo tras las páginas del *Huckleberry Finn*. El güerito me descubrió de pronto, y desafiándome con ojos de desprecio de pronto se alzó para abrazarla todo embeleso y untarse contra su blusa. Y yo, a diez pasos de aquel cataclismo, experimenté por primera vez la necesidad de matar.

No hay demasiadas alusiones artísticas a la leche (además de las vacas esculpidas en los muros de Egipto y Babilonia); como tampoco al oxígeno ni a la urea. Son aisladas las escenas de pasmo ante el acto mágico, fascinante, del amamantamiento, y se pueden observar en diversos autores, de Yasunari Kawabata a José Revueltas; quien por cierto alguna vez nos confesó que al acometer la escritura de una novela... se alimentaba exclusivamente de leche y croquetas para perro. Sí, perro.

A este respecto debemos recordar uno de los momentos más emotivos de la literatura norteamericana,

cuando en la novela *Viñas de la ira*, John Steinbeck nos lleva de la mano en el éxodo de la familia Joad —de Oklahoma a California— en un peregrinaje de miseria y desolación. Al concluir el libro Rose de Sharon, la adolescente que recién ha parido un niño muerto, permite que un anciano desconocido y a punto de desfallecer por el hambre, se alimente con sus pechos rebosantes de leche. Esa última página inolvidable donde le dice al viejo, “Vamos, hombre, tienes que hacerlo”.

Pero la leche, amén de aquellas connotaciones de innegable perversidad, tiene un carácter fundamental de celebración jubilosa, como el *Porro* cuando se contoneaba para canturrear... “llegó el lechero, llegó cantando, a cómo el litro, a uno veinte”..., porque esos lecheros de antaño —la canastilla como cascabel con sus botellas y el mandil atiborrado de monedas—, son cosa del pasado ahora que la moda prescribe tomar leche *light*, deslactosada, es decir, la misma que bautizaban los lecheros de antaño en los establos que regenteaba aquel patriarca del Régimen llamado Fidel Velázquez.

Y ya que estamos con eso del contenido y el continente, evoquemos la secuencia más hermosa, más sublime, que nos ha obsequiado el séptimo arte al glorificar el gusto supremo de la leche. En la cinta *Boccaccio 70*, de 1962, cuatro cineastas italianos se dieron a la tarea de reinterpretar distintos relatos del clásico *Decamerón*, de Giovanni Boccaccio. El capítulo rodado por Federico Fellini es simplemente soberbio. Titledo “Las tentaciones del doctor Antonio”, el filme nos muestra a un obsesivo magistrado militante de la moral pública —interpretado por un estupendo Peppino de Filippo— quien descubre un buen día que frente a su terraza ha sido instalado un anuncio publicitario que promueve el consumo de la leche, y se acompaña con un *gingle* por demás pegajoso, invención del genial Nino Rotta... “*bevete piu latte, il latte fa bene, il latte conviene, a tutta l'eta*”.

En el cartel panorámico yace recostada Anita Ekberg (la fulgurante diva de *La dolce vita*), quien muestra incitante su generoso tetamen que indigna, perturba

Pero la leche, amén de aquellas connotaciones de innegable perversidad, tiene un carácter fundamental de celebración jubilosa.